

# DOSSIER:

## *Las Misiones Vicencianas*

### Presentación

por Julio Suescun Olcoz, C.M.

*Director de "Vincentiana"*

Leído así, en plural, el título de este número de VINCENTIANA podría llevar a engaño. No se trata de describir, ni siquiera en resumen o en la presentación de algunos campos más significativos, la actividad evangelizadora de la Congregación en las diversas partes del mundo. Más bien los autores del número han coincidido en hacer una reflexión sobre el significado mismo de la misión hoy, como expresión de una fidelidad al seguimiento de Cristo Evangelizador de los pobres, conforme al pensar y al hacer de Vicente de Paúl.

Desde el área occidental, y más en concreto europea, las personas mayores nos podemos sentir inclinadas a recordar con nostalgia el espíritu de generosidad, no exento de cierta dosis de aventura y exotismo, con que las misiones impulsaban y sostenían nuestra propia vocación en la Congregación. Ir a misiones era un gesto de generosidad para el que se requería, decían algunos, una especie de segunda vocación. Y ciertamente, los misioneros nos contaban las aventuras, los sacrificios, la pobreza de los pueblos misionados y la urgencia de su salvación, y lograban despertar en los espíritus infantiles y juveniles ansias de abandonarlo todo para irse a misiones.

Hoy, los medios de comunicación han acercado los pueblos más distantes; los acontecimientos lejanos se viven con una cercanía inmediata; las culturas distintas conviven en espacios comunes; la facilidad de las comunicaciones ha hecho que ya casi todo nos resulte conocido y muchas veces experimentado; no hay apenas lugar para la aventura, como no sea una aventura de gabinete, preparada más como entretenimiento que como auténtica experiencia de vida.

La propia reflexión de la Iglesia hizo que, ya en la segunda mitad del siglo pasado, las misiones dejaran de ser sueño aventurero de unos pocos cristianos generosos, que abandonaban su casa y su pueblo para irse a evangelizar a pueblos lejanos, para convertirse en la expresión natural del vivir y del hacer cristiano en la Iglesia. Ya Pío XII, en la *Fidei Donum*, decía que *si en otros tiempos «la vida de la Iglesia, en su aspecto visible, se desarrollaba preferentemente en los países de la vieja Europa, desde donde se difundía... a lo que podía llamarse la periferia del mundo, hoy aparece, por lo contrario, como un intercambio de vida y energías entre todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo en la tierra» (FD 10)* Lo que confirmaría Pablo VI presentando la evangelización como *la vocación y dicha de la Iglesia (EN 14)*. La misión es como la respiración para la Iglesia; sin ella no podría vivir. Y esto, que fue así desde siempre, se expresa hoy con singular claridad. El *¡ay de mí, si no evangelizare!* de San Pablo (1 Co 9,16), se hace hoy grito común en la Iglesia. Y la Iglesia, que en algunos lugares de la tierra se sentía, hasta hace poco tiempo, como tierra de misiones, porción de la gentilidad que debía ser evangelizada, hoy vive con bríos renovados por el Espíritu, su conciencia misionera y envía a sus hijos a participar de la hermosa tarea común de evangelizar al mundo entero.

¿Cómo se ha vivido la urgencia evangelizadora en la historia de la Iglesia? ¿Cómo la vivió San Vicente? ¿Cuáles tendrían que ser hoy las expresiones normales de la vivencia de esta urgencia evangelizadora, en la Iglesia y en la Congregación?

En la carta del P. General, la carta que ya se ha hecho tradicional en el mes de Octubre de cada año, y que llamamos: "Llamada a Misiones", se apuntan las principales urgencias que la Iglesia y la Congregación están percibiendo en los distintos lugares del mundo. La lectura de este número de VINCENTIANA podría ayudarnos, tal vez, a precisar y concretar nuestra respuesta.